



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 12723

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

LUNES 4 DE JULIO DE 1904

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París A. Lorette, rue Caumartin 16; y J. Jones, Fauburg-Montmartre, 31.

Labor negativa

Dentro de poco se cerrarán las Cortes. Quizá a la hora en que escribimos estas líneas se dispone el gobierno a dar el cerrojo.

¿Y para qué más tarde si de cerrarlo a no haberlo abierto hay apenas diferencia sensible?

Hay sí, un lapso de tiempo perdido; mas ¿quién se cuida de semejante cosa? Hacer tiempo no es privilegio de los españoles? Pues si lo hemos perdido, ya haremos más... para seguirlo malgastando, que también esto es condición muy nuestra.

¿Qué han hecho las Cortes en este último periodo de sesiones?

Casi nada; si no hubiese tenido el ministro de Hacienda interés decidido en el proyecto sobre los alcoholes, se hubiese podido sustraer el adverbio, quedando sólo la negación rotunda aplicada a la labor del Parlamento.

Se prorrogó unos días la apertura para que coincidiera con una gran noticia—según el señor Maurín—y la noticia no ha llegado aún.

Se necesitaba su concurso para dar vida al presupuesto, pero no ha hecho falta, por que el presupuesto presentado no será de este mundo, ni estuvo nunca en la intención de los que lo formaron que recibiese las aguas del bautismo.

Mientras pudieran ser vivificadas las reformas de guerra y de marina, bueno era el presupuesto corriente para hacer una reprise el año venidero. Pero sucede que se han alascado las reformas, sobre todo las de marina, y se impone el cierre de las Cortes por que aprieta el calor.

Y allí se queda, para Dios sabe cuando, un importantísimo problema: el de los cambios; esa ley que en el argot económico que se trae Villaverde, la bautizó su autor

con el nombre de saneamiento de la moneda.

De ella esperaban mucho la pléyade de padres de la patria que pone sobre todos los asuntos la restauración de la peseta; pero ni aquella pléyade ni la que se enardece promoviendo debates políticos están dispuestas al trabajo. ¡Hace tanto calor...

En realidad la labor parlamentaria sólo ha dado de sí el proyecto de los alcoholes y el escándalo de Rodrigo Soriano.

Y es que los padres no tienen espera. Necesitan meterse en el agua y no en harina entablando empeñadas discusiones.

Ya habrá tiempo.

En tanto, que espere la nación.

MICROSCÓPICAS

Dos pastores que matan á otros dos, por rivalidades del oficio, en ocasión de encontrarse durmiendo.

Una madre que mata por celos á su hija.

Un hijo que arranca la vida á su padre.

Un hermano que mata á su hermano... Hay motivo para sentir horror.

Seguramente hace falta modificar algo, porque algo hay en las costumbres, en el ambiente social que resopfa, donde quiera que sea, que produce esos estados de la bestia humana, más feroces en sus venganzas y sus odios que las fieras del bosque.

Con frecuencia que espanta tras la prensa relatos de crímenes sangrientos en los que actúa una mujer (la víctima) y un hombre (el verdugo).

El argumento no sufre modificación de un drama á otro.

El hombre, el rey de la creación como él se llama, un rey que en la mayoría de los casos se arrastra por los garitos, las tabernas y los lupanares, se empeña en que lo quiera una mujer y lo consigue al fin.

La mujer no tarda en convencerse de que aquel rey es un tirano sin delicadeza y sin honor: un verdugo que la matará á fuerza de disgustos y martirios y se separa de él.

Mas como su magestad no tolera desaires de mujeres ni permite rebeliones de esclavas, si la infeliz que creyó en sus promesas se resiste á ocupar de nuevo el solio de

aquel rey, ya tiene de seguro que no tardará en desplomarse en el arrollo, muerta de un tiro ó de una puñalada.

Con motivo de esto, el rey va á presidio ó sube la escalera del fatal tablado; pero surgen cien reyes y se multiplican las tragedias, como si el castigo no tuviese eficacia ninguna.

Indudablemente hay que modificar algo y se impone la modificación.

Rael.

La conferencia de ayer

A las once y media de ayer se celebró en el Teatro Circo la conferencia que anunciamos el sábado.

Fué el conferenciante D. Miguel Rodríguez Valdés, distinguido republicano y abogado lorquino—según el anuncio que se nos envió para insertarlo—y además, siguiendo la adjetivación por nuestra cuenta, orador distinguido, de los que llegan á poner pantofo al púlpito para explicar ó interpretar el dogma.

Lástima que el acto no tuviera otro alcance que el de una conferencia para el personal de un par de círculos; porque de haber sido pública la entrada y oír los obreros lo que dijo el orador lorquino, posible es que á estas horas estarían convencidos de que las utopías no toman carta de naturaleza en el mundo.

Comenzó el acto á la hora marcada. Tomaron asiento en la mesa, el presidente de la Fraternidad republicana D. J. J. Rocha, el señor Rodríguez Valdés, el señor García Vaso y otros señores. En una mesa situada á la izquierda de la presidencia se dispusieron á tomar el discurso dos taquígrafos.

Abierta la sesión, el señor Rocha presentó al conferenciante al público, que lo formaban unas quinientas personas, hizo un elogio merecido y justo del señor Rodríguez Valdés y entusiasmado en él á los republicanos lorquinos, le puso en posesión de la palabra.

Comenzó el orador por testimoniar su gratitud al señor Rocha.

Dijo que en diversas ocasiones lo habían solicitado para venir á hablar y aunque la aceptación pareció siempre atrevimiento, deseaba venir porque le atrae la vecindad, la afinidad de ideas y el deseo de ver el azulado mar, testigo en otro tiempo de tantas grandezas españolas y en cuyo seno han venido á enterrarse y á perderse los restos del antiguo poderío.

El exo dío ya fué un triunfo para el ora-

dor; y al terminarlo con un elocuente periodo dedicado á las tristezas de la patria, rompióse el hilo de la expectación y entró en campaña el entusiasmo.

El tema escogido para la conferencia fué éste: *La política del obrero*. La tendencia, apartarlo del anarquismo. La argumentación, probar que la escuela mencionada es injusta y sobre injusta falsa, sin fundamento alguno racional.

Partiendo del principio de que para regenerar la patria no parecen más eficaces los políticos del fracaso y la derrota que los republicanos, afirma que con éstos debe estar el obrero, por que le ofrecen más garantía para solucionar las cuestiones que le interesa resolver.

Añade al anarquismo manifestando que hay una escuela refractaria á toda política, condenadora de toda ley y enemiga de toda autoridad. En esa escuela enseñan sus adeptos que se puede producir en las sociedades una vida paradisíaca en la que se ahogaría cualquier perturbación que surgiera por la acción del bien mismo.

En esa escuela es injusta. Abomina de la política porque no cree que haya en ella ningún matiz digno de que lo defendan los hombres.

Y no solo es injusta sino falsa y perjudicial. Para demostrarlo, entra en el campo de la historia y teniendo en cuenta que el despotismo es tan antiguo como el mundo, señala á grandes rasgos las cruentas luchas que han librado con él las ideas de reparación; luchas en las cuales ha ido siempre perdiendo algo de su pujanza hasta el punto de que el antiguo siervo, el obrero esclavo sometido á todos los deberes y no amparado por ningún derecho, se ha convertido en un ser libre con leyes especiales que le favorecen y le amparan.

Afirma que hay una política honrada y honrosa que ha empujado á la sociedad para hacerle subir la pendiente fatigosa del

progreso, política que ha dado al obrero la libertad que goza, y ha puesto á su disposición el sufragio que fué siempre ley de privilegio y hoy es ley de igualdad.

Si la escuela anarquista es injusta desconfiando la obra realizada por la política de reparación, política encarnada unas veces en las germanías valencianas, otras en el estado llano francés y que á principios del pasado siglo encarnó en los legisladores de Cádiz, es injusta también renegando de la ley.

Todo cuanto existe está sujeto á ella. Los mundos ruedan en el espacio sometidos á la ley de gravitación. Las moléculas se agrupan y forman los cuerpos obedeciendo á la ley de afinidad. Los seres orgánicos se renuevan de un modo constante en virtud de las leyes de reproducción. Todo se rige por leyes naturales; pero no se ve á las adversas cuáles son las leyes naturales sociales. ¿Es que permanecen apilastadas, ocultas bajo las establecidas por el hombre y abolidas estas se manifestarían para hacer del mundo un paraíso? Imposible; frente á la simpatía está la antipatía; junto al amor el odio; que el corazón humano encierra grandes y bellos sentimientos, pero encierra también pasiones malas.

Como ejemplo de doctrina redentora y de paz, el orador señala el cristianismo. Propagóndose unos hombres piadosos los discípulos de Jesús, sin otras armas que la cruz. Pero vinieron tiempos de conquista y de lucha y el símbolo de amor sirvió de bandera á Pedro el Ermitaño en la guerra de las cruzadas y aquel emblema de la caridad reflejó sobre el pecho de los inquisidores las llamas de la hoguera donde se achicharraban los herejes.

No hay que condenar la ley porque á su sombra se hayan cometido injusticias. Si en virtud de ella se proclamó la esclavitud del hombre, la ley proclamó la ciudadanía.

Más viejo el despotismo que la ley, sirvió en lo antiguo para amparar aquél; mas combatido sin tregua ni descanso por la tendencia progresiva, ha ido evolucionando con la sociedad. Si un día pesó como losa de plomo sobre los que trabajan, hoy les reconoce derechos como ocurre en la ley sobre los accidentes del trabajo.

Confiesa que ha estudiado detenidamente la doctrina del apostolado anarquista sin encontrar un solo argumento que pueda convencerle de que es posible la sociedad sin ley. Si esta faltase, sufriríamos una

LOS DOS HERMANOS

23

luego pensó que sería mejor tomar á su abuelito por confidente.

Cuando el anciano hubo oído su relación, preguntó:

—¿Qué dices, hija mía?

—Abuelito, que no quiero ser la esposa de un traidor.

—Ya estaba yo seguro de eso.

—¿Y el prisionero?

—Lo salvaremos hija. Está tranquila. No hables de esto por ahora á tu madre: ya tengo ideado el modo.

Cuando Blanca tuvo ocasión de hablar al conde Arrow, le dijo fríamente estas palabras glaciales:

—Todo lo sé, señor conde... No esperéis que yo me case con vos jamás.

LOS DOS HERMANOS

23

pósitos extraordinaria, y una voluntad inflexible. Persuadida de que tenía un gran interés en descubrir lo que se le quería ocultar, acechó el día en que el conde de Arrow fuese á visitar á su prisionero á fin de esconchar su conversación.

Blanca hablaba el francés con la mayor soltura, y había descubierto un gabinetito contiguo á la habitación que ocupaba el prisionero é inmediato á la estancia que ocupaba su madre; del que resolvió hacer un lugar de observación y de escucha.

A fuerza de buscar y de paciencia encontró una antigua puerta enmascarada por la tapicería, y notó con extremo placer que podía oír cuanto se hablase en la habitación del prisionero, porque había distinguido fácilmente la voz de Swan. Segura desde entonces de saber lo que deseaba, esperó á que el conde fuese al cuarto del oficial francés.

Vió en fin, al general dirigirse hacia aquel lado, y ella corrió presurosa á instalarse en el gabinetito.

Blanca lo había oído todo.

Ni Dietric, ni la condesa María, estaban en su secreto, y su primer movimiento fué felicitarle por haber escapado del riesgo de casarse con el general, hacia quien empezaba á sentir una inclinación decidida. Al pronto pensó en confiarle á su madre, pero

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 19

plioio le había producido un varrigo de pavora, y le refirió las desgracias y los sufrimientos que le atormentaban.

—Veinte veces he procurado hacerme matar, le dijo, y las balas han de mí, y para suicidarme, me ha faltado el valor ó me han sobrado las lecciones que hemos recibido.

—¡Pobre Gustavo! dijo Jorge respondiendo á su propio pensamiento.

—¡Ah! bien sabía yo que no me habías de negar tu compasión!

—Yo no tengo derecho para juzgarte, dijo Jorge con amargura pontificando en pío. ¡Víctima eres, hermano, de un destino cruel!

—Pero hay más... he pensado escaparme...

—¿Y qué?

—¡Ah! ¡es imposible!

—¿Cómo que imposible?

—Si: rodeado de espías por todas partes, apenas soy más libre que tú... la Francia... no puedo pasar en ella: me abrumaría con el nombre de traidor, y por otra parte, ¿debería serlo por dos veces? ¿No has taba con una?

—Nada tengo que decir.